

Voces

Cuando mi madre era una cría, iba con toda la familia a los bailes. Solían celebrarse en la escuela, o a veces en una granja que tuviera un salón lo bastante grande. Jóvenes y viejos acudían a esos bailes. Alguien tocaba el piano, ya fuera el de la casa o el que había en la escuela, y alguien habría llevado un violín. Los bailes de cuadrilla habían complicado las pautas o los pasos, que un buen conocedor (siempre un hombre) iba marcando a voz en grito con una especie de prisa desesperada que de todos modos no servía de nada a menos que te supieras los pasos. Y todo el mundo se los sabía desde los diez o doce años.

Casada ya, con nosotros tres a cuestas, mi madre aún tenía edad y temperamento para haber disfrutado de esos bailes que todavía se hacían en el campo. Y se lo hubiera pasado en grande con las danzas en ronda por parejas, que hasta cierto punto iban suplantando el viejo estilo. Pero estaba, estábamos, en una situación que no era ni fu ni fa: aunque vivíamos fuera del pueblo, tampoco podía decirse que estuviéramos en el campo.

Mi padre, un hombre que se ganaba muchos más aprecio que mi madre, creía que había que aceptar las cosas como vinieran. Ella no era así. Aunque había superado la vida en la granja donde

se crió para convertirse en maestra de escuela, no había bastado, no había conseguido la posición a la que aspiraba ni los amigos que le hubiera gustado tener en el pueblo. Vivía en el lugar equivocado y no le sobraba el dinero, y de todos modos tampoco hubiera dado la talla. Sabía jugar al euchre, pero no al bridge. Que una mujer fumara le parecía ofensivo. Creo que la gente la consideraba avasalladora y demasiado celosa de la gramática. Decía cosas como «asaz» o «sobremanera». Sonaba a que se hubiera criado en una familia rara en la que se hablara así. Y no. Mis tías y mis tíos vivían en granjas y hablaban como todo el mundo. Y a ellos mi madre tampoco les caía demasiado bien.

No es que mi madre desperdiciara el tiempo deseando que las cosas fueran de otra manera. Como cualquier mujer sin agua corriente que se pasara el día acarreando barreños a la cocina y casi todo el verano preparando las conservas para el invierno, llevaba mucho trajín. Ni siquiera podía dedicar mucho tiempo a desilusionarse conmigo, como habría hecho en otras circunstancias, preguntándose por qué nunca llevaba a casa amigas de la escuela que fueran de su agrado, o cualquier clase de amigas. O por qué me escaqueaba de los recitados de catequesis, que antes no me saltaba nunca. Y por qué volvía a casa con los tirabuzones deshechos, un sacrilegio que empecé a cometer antes de ir a la escuela, porque nadie llevaba aquel peinado que ella se empeñaba en hacerme. O por qué diantre había borrado de mi memoria prodigiosa de otros tiempos las poesías que recitaba, negándome a volver a usarla nunca más para lucirme.

Pero no soy una chica protestona que se pasa el día enfurruñada. Aún no. Aquí estoy, con diez años más o menos, entusiasmada

por ponerme un vestido bonito y acompañar a mi madre a un baile.

El baile iba a celebrarse en una de las casas de nuestra calle, decentes en conjunto sin llegar a parecer prósperas. Una casona de madera donde vivía una gente de la que solo sabía que el marido trabajaba en la fundición, aunque por edad bien podría haber sido mi abuelo. En aquellos tiempos la fundición no se dejaba, uno trabajaba hasta que podía, procurando ahorrar dinero para cuando el cuerpo dijera basta. Incluso en medio de lo que luego aprendí a llamar la Gran Depresión, era una deshonra recurrir a la pensión de la vejez. Era una deshonra que los hijos mayores lo consintieran, por más estrecheces que se pasaran.

Me vienen a la cabeza preguntas que entonces no se me ocurrieron.

La gente que vivía en la casa donde se daba el baile, ¿lo hacía simplemente para armar un poco de jarana, o se cobraba entrada? Quizá estaban atravesando dificultades, por más que el hombre tuviera trabajo. Igual había facturas del médico por pagar. Bien sabía yo cuánto podían pesar en una familia. Mi hermana pequeña estaba delicada de salud, como se decía entonces, y ya le habían extirpado las amígdalas. Mi hermano y yo sufríamos unas bronquitis tremendas todos los inviernos, que requerían visitas del médico. Los médicos costaban dinero.

Puede que también me preguntara por qué me habían elegido a mí para acompañar a mi madre, en lugar de que lo hiciera mi padre, aunque eso no tiene tanto misterio. Igual a mi padre no le gustaba bailar y a mi madre sí. Además, en casa había que cuidar de dos niños pequeños, y yo aún no estaba en edad de hacerme cargo de ellos. No recuerdo que mis padres llamaran nunca a una

niñera. Ni siquiera sé si entonces se estilaba. De adolescente hice de niñera, pero los tiempos habían cambiado.

Íbamos de punta en blanco. En los bailes campestres que mi madre recordaba de la infancia nunca aparecía nadie con los llamativos trajes folclóricos que luego se verían por televisión. Todo el mundo se ponía sus mejores galas, y aparecer con cualquier cosa semejante a esos volantes y pañuelos atados al cuello que presuntamente llevaba la gente del campo habría sido un insulto, tanto a los anfitriones como al resto de la gente. Yo llevaba el vestido de suave paño de lana que me había hecho mi madre. La falda era rosa y el cuerpo amarillo, con un corazón de paño rosa cosido donde algún día estaría mi pecho izquierdo. Iba repeinada, con el pelo humedecido para moldear los largos tirabuzones gruesos como salchichas que cada día me deshacía camino de la escuela. Protesté por tener que ir al baile con aquel peinado que nadie llevaba, y la contestación de mi madre fue que ya les gustaría a las demás. Dejé de protestar porque me moría de ganas de ir, o tal vez pensando que al baile no iría nadie más de la escuela, así que daba igual. Eran las burlas de mis compañeros lo que siempre temía.

Mi madre no llevaba un vestido hecho en casa. Era el mejor que tenía, demasiado elegante para la iglesia y demasiado festivo para un funeral, por lo que apenas se lo ponía. Confeccionado con terciopelo negro, tenía mangas hasta el codo y un escote cerrado, pero el detalle realmente maravilloso era la proliferación de cuentas diminutas, doradas y plateadas y multicolores cosidas al corpiño, llenándolo de destellos cada vez que mi madre se movía o simplemente respiraba. Se había trenzado el pelo, que conservaba prácticamente negro, y se lo había prendido en una diadema

tirante en la coronilla. En cualquier otra mujer, su porte me habría parecido arrebatador. Creo que me lo pareció, pero en cuando entramos en la casa extraña noté que su mejor vestido era distinto de todos los demás, aunque seguro que las otras mujeres también lucían sus mejores galas.

Esas otras mujeres estaban en la cocina, donde nos detuvimos a admirar las cosas dispuestas en una mesa grande. Había toda clase de hojaldres y galletas y tartas y pasteles. Mi madre también dejó allí encima no sé qué elaborada receta que había preparado y empezó a pasearse de un lado a otro para hacerse notar. Comentó que se le hacía la boca agua mirando aquellos manjares.

¿Seguro que dijo eso, que se le hacía la boca agua? En cualquier caso, el comentario no sonó del todo bien. Deseé que estuviera allí mi padre, que siempre parecía decir lo correcto para la ocasión, incluso cuando cuidaba la gramática. En casa lo hacía, pero fuera se contenía un poco. Al meterse en una conversación cualquiera, entendía que nunca había que decir algo especial. Mi madre hacía justo al revés, con comentarios grandilocuentes que servían para llamar la atención y no dejaban lugar a dudas.

Era lo que hacía justo entonces, y la oí reírse, alborozadamente, como para compensar el hecho de que nadie se hubiera acercado a hablar con ella. Estaba preguntando dónde podíamos dejar nuestros abrigos.

Por lo visto podíamos dejarlos en cualquier sitio, pero alguien dijo que si queríamos los dejáramos en la cama del cuarto. Había que subir una escalera con paredes a ambos lados, oscura salvo por la luz que llegaba de arriba. Mi madre me pidió que me adelantara, ella subiría enseguida, y eso hice.

Puede que si realmente había que pagar para asistir a ese baile,

mi madre se quedara abajo por eso. Pero ¿era posible que se pagara y aun así la gente llevara toda aquella comida? Y ¿de verdad serían platos tan succulentos como los recuerdo? ¿Con lo pobres que eran todos? Aunque quizá, con los puestos de trabajo que generó la guerra y el dinero que los soldados mandaban a casa, ya no se sintieran tan pobres. Si yo tenía entonces diez años, como creo, las cosas habían empezado a cambiar uno o dos años atrás.

La escalera arrancaba en la cocina, y también en el salón, unidos por un tramo de peldaños que subía a los dormitorios. Después de quitarme el abrigo y las botas en la habitación pulcramente ordenada que daba a la fachada, seguía oyendo la voz estridente de mi madre resonando en la cocina, pero también me llegó el son de la música del salón, así que bajé y fui hacia allí.

Habían despejado todos los muebles menos el piano. Las cortinas, de un verde oscuro especialmente sombrío, estaban corridas. En el salón, de todos modos, el ambiente distaba mucho de ser sombrío. Había mucha gente bailando, parejas abrazadas sin faltar al decoro, arrastrando los pies o balanceándose en círculos. Un par de chicas que aún iban a la escuela bailaban de un modo que empezaba a hacerse popular, apartándose una de la otra en un vaivén, a veces cogidas de la mano, otras veces no. Al verme me saludaron con una sonrisa, y para mí fue una gozada, como siempre que una chica más mayor y segura de sí misma me prestaba algo de atención.

En el salón había una mujer que no pasaba desapercibida, con un vestido que desde luego hacía sombra al de mi madre. Debía de ser un poco mayor que ella: tenía el pelo blanco ondulado con tenacillas en un sofisticado recogido muy pegado al cuero cabelludo. Era una mujer grandota, con hombros nobles y caderas an-

chas, y llevaba un vestido de tafetán naranja en tonos dorados, con un generoso escote a la caja y una falda que apenas le cubría las rodillas. Las mangas cortas ceñían unos brazos recios, de carne suave y blanca como la manteca.

Era una estampa sorprendente. Jamás habría imaginado que a esa edad se pudiera ser tan refinada, fornida y grácil a un tiempo, atrevida y aun así poderosamente digna. Se la podía tachar de desvergonzada, y acaso mi madre luego lo hizo: era una de esas palabras que ella solía emplear. Mirándola con mejores ojos, se la podía calificar de imponente. No es que se propusiera dar la nota, más allá del efecto de conjunto y el color del vestido. Ella y el hombre que la acompañaba bailaban con un estilo solemne, bastante despreocupado, como un matrimonio.

Yo no sabía su nombre. No la había visto nunca. No sabía que en el pueblo, y quizá en otros sitios, todo el mundo la conocía.

Creo que si estuviera escribiendo ficción, y no recordando algo que sucedió, jamás le habría puesto ese vestido. Era una especie de anuncio que no le hacía falta.

De haber vivido en el pueblo, en lugar de limitarme a hacer el trayecto de ida y vuelta los días de colegio, quizá hubiera sabido que era una distinguida prostituta. Seguro que la habría visto en alguna ocasión, aunque no con aquel vestido naranja. Y no habría empleado la palabra prostituta. Mujer de mala vida, probablemente. Habría sabido que la rodeaba un halo repugnante, peligroso y temerario, aun sin identificar exactamente por qué. Si alguien hubiera tratado de explicármelo, creo que no le habría creído.

En el pueblo había varias personas que tenían una pinta inusual, y tal vez la hubiera metido en el mismo saco. Estaba el joro-